

Libros y  
antilibros

EL EGO

Escuchado en el elevador de los pisos pares de la Torre de la Rectoría, en CU:

- ¿Sabes tú que es el ego?
  - No, mar.o, no sé.
  - Tontito. El ego es el pequeño argentino que todos llevamos dentro.
- Finalmente, llegamos al piso principal y pudimos respirar aire puro.

UN ARGENTINO

Era buenísimo, dulce y sabio. Era humilde. Se llamó Ezquiél Martínez Estrada. En su discurso inaugural del reciente concurso "Casa de las Américas", Mario Benedetti lo recordó en este párrafo:

"... En su trayectoria de veinte años se han presentado al premio Casa más de 8 mil 500 obras, han sido premiados 122 libros, correspondientes a 26 países. Quizá por eso hemos trabajado y trabajamos en la Casa varios escritores latinoamericanos, integrándonos a la labor de equipo que siempre ha sido característica de la institución. De esos latinoamericanos sólo voy a mencionar dos, por su especial significación: el notable ensayista y poeta argentino Don Ezequiel Martínez Estrada, que en los primeros y arduos años de la Cuba revolucionaria trabajó en la Casa..."

El otro es el gran guatemalteco Manuel Galich, felizmente vivo y activísimo.

De don Ezquiél, a quien conocimos aquí en México, el Fondo de Cultura Económica acaba de reimprimir la *Antología*, que apareció por vez primera en 1964. Aquí el maestro de *Radiografía de la Pampa* escribió un seductor "Prólogo Inútil". El volumen antológico fue preparado por el propio Martínez Estrada. Pero este argentino singular se merece muchas más líneas. Hay tema suficiente.

Efraín HUERTA

OTRO ARGENTINO

Vino a México allá por 1965, cuando se celebró (Guanajuato, Guadalajara) el primer Congreso Latinoamericano de Escritores. Viajamos en autobús, pero nosotros nos cortamos en Guanajuato. En algún momento o parte del

trayecto, nos sentamos juntos, y por determinado motivo le dije parte de su bellissimo poema a Norah Lange, que cierta vez me recordó Ulyses Petit de Murat: "Ocres y lilas velan el agua de la tarde. / Norah Lange: en tu nombre se mecen las campanas. / Rampa la noche sobre el crepúsculo que arde / y la vida y la muerte van como dos hermanas..."

Con Oliverio Girondo, su compatriota, y como un niño, celebró que un oscuro mexicano recordara su famoso poema.

Habló de Córdova Iturburu (Cayetano), nacido en 1902 y fallecido en 1977. Al revisar las generaciones argentinas de la década 1921-1930, un reseñista dice: "La familia de los que no se quedaron en la celebración de sus propias vidas, sino que se preocuparon por lo social (Aristóbulo Echegaray, José Portogalo, Córdova Iturburu, Nydia Lamarque, César Tiempo, Carlos M. Grünberg, Raúl González Tuñón)."

LA ULTIMA CARTA

La casualidad, que es la máxima ayuda para los pobres de espíritu, puso en mis manos el número doble (54-55) de la modesta revista bonaerense, "Bibliograma", correspondiente al remoto período enero-junio de 1977.

Aquí he encontrado dos documentos poco difundidos de Córdova (no hay un acuerdo: algunos escriben Córdoba y otros Córdova) Iturburu: su última carta, dirigida a su compañero de generación *Aristóbulo Echegaray*, y un poema de Córdova —lo dejaremos con y chica—. La notita que precede a la carta dice así: "Cuesta creer que nos haya dejado. Amigo de años, le veíamos siempre joven, siempre reposado, siempre sencillamente fraternal. Poco antes de su partida recibimos lo que

7  
sería su última carta y también su última colaboración para BIBLIOGRAMA: "Recordación de Miguel".

LA CARTA

"Mi querido Aristóbulo:

Creo que vos sabés que fui muy amigo y compañero de Miguel Hernández. Durante los días de la guerra española, en el año 37, anduvimos juntos muchos kilómetros de caminos de los frentes y la retaguardia. No voy a describirte. Pero puedo decirte que era un muchacho magnífico, uno de los seres humanos de mayor atracción que he conocido, de mayor capacidad, de cálida aproximación amistosa, de mayor varonil afectuosidad. Cierta primaria fisonomía de campesino vigoroso, tostado en ese momento por el sol de los frentes, se unía en él a las delicadezas sutiles, afinadas, de un espíritu transparente matizado de comunicativos candores de poeta. Y cantaba —como tantos españoles— con una voz de no mucho volumen, pero pastosa y rica, y ajustadamente entonada, llena de color de su tierra, las bellas y conmovedoras canciones de la guerra, compuestas, la mayoría, por él mismo y los poetas, entre otros, de la Alianza de Intelectuales de Madrid. Era un placer escucharlo y seguirlo cuando encabezando el coro que inevitablemente se formaba, entonaba aquellas canciones inolvidablemente conmovedoras.

Hace unos meses, relejendo el tomo de sus poesías completas, lo recordé de pronto vivamente, me acordé de su cara, de su voz, de sus canciones, de nuestras andanzas por las largas carreteras de Castilla, agujereadas a menudo por los baches que dejaban las bombas enemigas —los obuses, se decía— bajo el resplandeciente cielo de España convertido en campo de batalla.

Y como consecuencia de todo esto, que intento explicarte, escribí ese soneto que te envío para BIBLIOGRAMA.

Un abrazo de tu lector y amigo

Córdova Iturburu

Marzo 18/1977."

EL SONETO

Van a cumplirse dos años de que Córdova Iturburu escribiera este lírico recuerdo de aquel combatiente mártir, fallecido en 1942. ¿Por qué no reproducir en un recuadro el soneto del poeta argentino?

Recordación de Miguel

Yo quiero que de mi queden  
una memoria de sol  
y un sonido de valiente.

Miguel Hernández

Miguel, me acuerdo de tu voz cantando  
bajo un cielo surcado de metralla;  
ibas, de una batalla a otra batalla,  
tu corazón sembrando.

Ah, cómo recordar sino llorando  
el bronce de tu cara de medalla,  
de soldado y pastor, rústica talla  
que ardió en un fuego que aún está clamando.

Veo una carretera de Castilla,  
la tierra ocre, el encinar, un cielo  
de azul guerrero en que el obús se astilla

y oigo otra vez tu voz, ese desvelo  
que la muerte no apaga y en que brilla  
la España de tu anhelo y de mi anhelo.

Córdova Iturburu